

ALBERDI Y LA CUESTIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL

María Fátima Lobo

Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino

En el año 1837 comienza en el Río de La Plata un movimiento histórico de importancia trascendental para el destino nacional. La historiografía argentina coincide en considerar a Alberdi como el más fuerte representante intelectual y a su pensamiento como la expresión filosófica de ese movimiento, al que se llamó 'generación del 37'. Precisamente a mediados de ese año, un domingo de julio se produjo en Buenos Aires un hecho muy significativo: la inauguración del Salón Literario de Marcos Sastre.

La verdadera significación de este acontecimiento radica en el hecho de que en él hace su aparición oficial en la historia argentina un grupo de hombres jóvenes, casi todos ellos nacidos en los años cercanos a la Revolución de 1810; Alberdi precisamente ese año.

Cultos y apasionados lectores de cuanto libro o revista europea, sobre todo francesa, caía en sus manos, estos jóvenes estaban fuertemente cohesionados por la conciencia y el sentimiento común de ser los representantes de una generación especialmente llamada por la patria para cumplir un papel relevante en su historia: retomar y traer a la conciencia los ideales de Mayo de 1810 y consumarlos, mediante *la acción inteligente*, en la organización y constitución nacional.

Así pues, unidos en esta empresa encontraremos a Marcos Sastre, a Esteban Echeverría, a Juan María Gutiérrez, a Vicente Fidel López, a Miguel Cané, participando desde Montevideo; a Domingo Faustino Sarmiento, desde San Juan, y a otros. Durante ese período Alberdi está estrechamente ligado a todos ellos. Un fuerte y claro sentido de pertenencia a esta generación se encuentra explícitamente manifiesto en las producciones de estos años. De allí que, trabajando sobre el pensamiento del joven Alberdi, me vea obligada a referirme permanentemente a esta generación.

En las obras del período que va de 1837 a 1842 veremos a Alberdi sosteniendo y reclamando la urgente necesidad de un profundo autoconocimiento como pueblo y

situando en el centro mismo del quehacer filosófico el tema de la nacionalidad, e indefectiblemente ligada a él, la cuestión de una filosofía americana.

Ambos temas se presentan en estos escritos permanentemente ligados entre sí, como las dos caras de un mismo problema, como versiones explicativas de una misma realidad histórica cuya compleja estructura problemática será el centro permanente en que la obra alberdiana encontrará su origen y destino final.

A criterio de Alberdi los largos años de crisis que siguieron a la revolución de 1810, años de sangrientos enfrentamientos internos, y el estado del momento presente indicaban, cada vez más claramente, la situación de confusión, de extravío en la que se encontraba sumida nuestra fracturada conciencia nacional. El autor entendía que en el fondo de nuestros problemas se encontraba un desconocimiento de lo que realmente somos como pueblo, una inconciencia de nuestra identidad nacional. Distintos sectores en pugna, con fuerte conciencia de su filiación partidaria, se mostraron, a lo largo de aquellos 27 años, incapaces de trascender lo partidario para constituir, mediante el consenso, una realidad nacional. Este hecho, cuya superación era urgente e imperativa, tenía como única salida la elaboración y el desarrollo de una filosofía nacional y americana. ... *es preciso, pues, conquistar una filosofía para llegar a una nacionalidad.*¹

Nuestro autor era un hombre de indiscutible vocación política que, respondiendo al espíritu del siglo, se proponía como objetivo último organizar y constituir una nación occidental, moderna, fuerte, progresista. Ahora bien, este objetivo político requería *asistencia filosófica*. Hasta hora su cumplimiento no había sido posible porque no contábamos con dos requisitos fundamentales: 1) una conciencia nacional, es decir una conciencia profunda y reflexiva de lo nuestro y, 2) una filosofía propia, único medio que emancipa e identifica.

Estos dos requisitos fundamentales han estado presentes en nuestra realidad local a modo de carencias, como ausencias explicables la una por la otra.

¹ ALBERDI, J. B.: "Fragmento preliminar al estudio del Derecho", en: *Obras Completas*, Editorial Tribuna Nacional, Bs. As., 1886, Tomo I, pág. 111.

La ausencia de filosofía en nuestro país (al igual que en las otras nacientes naciones americanas) aparece como el gran hecho que explica el extravío de nuestra identidad nacional. Conciencia nacional y filosofía americana eran, pues, dos tareas prioritarias que ya no se podían postergar. Se trataba de principios que debían ser puestos en la realidad como puntos de partida, como sólidos cimientos de una historia nacional que también ‘debe constituirse’. Precisamente es en esta última tarea que debe situarse el interés y compromiso definitivo de la obra de Alberdi.

...es preciso, pues, conquistar una filosofía para llegar a una nacionalidad.

Se impone una pregunta: ¿cómo concibe Alberdi a la filosofía? ¿Por qué hace depender de ella los destinos de nuestra historia nacional?

Búsqueda

1. Concepción alberdiana de la Filosofía

Pensando en la apertura del Salón literario de su amigo Marcos Sastre, Don Juan Bautista Alberdi redacta un encendido discurso para ser leído en su cesión inaugural. Tal acontecimiento tuvo lugar en Buenos Aires, en julio de 1837, cuando la Revolución de 1810 contaba con veintisiete años de vida, tantos como los de nuestro autor.

El hombre que aquí hablaba se presentaba enteramente comprometido con su tiempo, urgido por el momento histórico, angustiado por la situación de confusión, de contradicción, de dolor que había seguido a los sucesos de mayo de 1810, y que, lejos de completar y de consumir la obra de la Revolución, parecían ponerla en serio peligro de extinción.

En este contexto, lo que llama poderosamente la atención es la fuerza e insistencia con que Alberdi empleaba un concepto de filosofía tal que ella quedaba indefectiblemente ligada a los destinos de nuestra patria; y, en esos momentos, en boca de esos hombres, el destino de nuestra patria no se pensaba, en principio, como algo vago y lejano, menos aun como algo abstracto y teórico, sino que estaba claramente determinado por la urgente necesidad de organización institucional, política, social y económica.

Dos referencias muy fuertes a la filosofía se encuentran en el “Discurso...”. Veamos cómo lo expresa Alberdi:

...mal nos será dado caminar si no sabemos de dónde venimos ni adónde vamos. Aquí tenéis, pues, a la filosofía que la detiene con su eterno *por qué y para qué*.²

Ya es tiempo, pues, de interrogar a la filosofía la senda que la Nación Argentina tiene designada para caminar al fin común de la humanidad...

La fuerza material rompió las cadenas que nos tenían estacionarios y nos dio movimiento, que la filosofía nos designe ahora la ruta en que debe operarse este movimiento.³

¿Qué es aquí la filosofía?

En primer lugar, podemos afirmar que es una tarea que pone luz donde hay oscuridad. El escenario de tal oscuridad somos nosotros mismos como pueblo, lo es nuestra naciente, desordenada y confusa realidad nacional y, con ella, la de otras naciones americanas. Hablamos de años de gran confusión: *no sabemos de dónde venimos ni adónde vamos...*

Es verdad que mediante la acción material de las armas se había intentado infructuosamente resolver nuestros problemas e instaurar el orden, pero es verdad también, que como resultado de estas acciones, contábamos ya demasiados fracasos.

Alberdi postula entonces, como salida de la crisis, el ejercicio del pensamiento, volverse a la filosofía, como necesario momento que preceda e informe la acción.

Es, pues, del pensamiento no de la acción que debemos esperar lo que nos falta.⁴

Ahora bien, ¿qué nos falta como nación? *No sabemos de dónde venimos ni adónde vamos*. Es decir, no sabemos claramente, conscientemente, cuál es nuestro origen, cuáles nuestras raíces. Desconocemos nuestra identidad como pueblo y, por lo

² ALBERDI, J. B.: “Doble armonía entre el objeto de esta institución con una exigencia de nuestro desarrollo social; y de esta exigencia, con otra general del espíritu humano”, en: *Obras Completas*, Editorial Tribuna Nacional, Bs. As., 1886, Tomo I, pág. 261.

³ *Ibíd.*, pág. 265.

⁴ *Ibíd.*, pág. 265.

tanto, no sabemos hacia dónde marchamos, hacia dónde deberíamos marchar ni cómo hacerlo. Al parecer de Alberdi, la filosofía puede darnos esta respuesta. En “*Ideas...*” dice así:

...si queremos darnos cuenta de lo que han hecho Platón y Aristóteles, Descartes y Bacon, Kant y Cousin, cada vez que han filosofado, veremos que no han hecho otra cosa que tener la solución del problema del origen, naturaleza y destino de las cosas.⁵

En segundo lugar, este ejercicio filosófico que necesita el país es descaradamente interesado. Uno se vuelve a él en tanto y en cuanto hemos sentido su ausencia y hemos padecido las consecuencias de años de acción sin la suficiente reflexión. Al final del “Discurso...” dice:

Ya veis pues, que aquí no se trata de leer por leer. Habría sido frívolo suscribirse a tal objeto. Se trata nada menos que de alistarse para llenar una exigencia de nuestro desenvolvimiento ideal.⁶

Efectivamente los miembros del Salón literario de Marcos Sastre tenían clara conciencia de que con la apertura del salón literario se creaba un espacio para que las nuevas generaciones pudieran nutrirse, instruirse, armarse con la lectura y el estudio de aquellas doctrinas que nos sirvieron para impulsar el desarrollo de la patria. El mismo Sastre lo sostiene expresamente al inaugurar el Salón:

En una palabra, señores, todo libro que de un impulso notable al progreso social, tendrá lugar en esta biblioteca; si no, no.⁷

Entienden que están viviendo un momento histórico tremendamente agitado y determinado por urgentes necesidades. No hay espacio para el ocio. No cuentan con

⁵ ALBERDI, J. B.: “Ideas para presidir la confección de un curso de filosofía contemporánea en el Colegio de Humanidades”, en: *Escritos Póstumos*, Editor Francisco Cruz, Imprenta Juan B. Alberdi, Bs. As., 1900, Tomo X, pág. 603.

⁶ ALBERDI, J. B.: “Doble Armonía...”, pág. 267.

⁷ SASTRE, Marcos: “Discurso Inaugural”, en: *Dogma Socialista*, Grandes escritores argentinos, Editorial Jackson, Bs. As., sin fecha.

el tiempo ni con la tranquilidad para dedicarse al goce de una vida meramente contemplativa.

Pero, por otra parte, una efectiva intervención histórica, si quiere ser efectiva de verdad, pide, exige la dirección de una razón fortificada y esclarecida por el hábito de la reflexión.

Como se ve en todos los casos se trata de lo que nos falta, de nuestras necesidades, de nuestros fracasos operando como determinantes de la urgente necesidad de hacer filosofía postulada por Alberdi. Una tal filosofía deberá ser un ejercicio del pensamiento claramente interesado en responder a determinados cuestionamientos históricos, en encontrar soluciones que sean precisas y concretas: qué forma de gobierno darnos, cómo organizar la economía nacional, cómo fundar la industria nacional, qué legislación civil hemos de adoptar, etc.

En “*Ideas...*” lo expresa así:

Así la discusión de nuestros estudios será más que en el sentido de la filosofía especulativa, de la filosofía en sí, de la filosofía de aplicación, de la filosofía positiva y real, de la filosofía aplicada a los intereses sociales, políticos, religiosos y morales en estos países.⁸

...vamos a estudiar... la filosofía aplicada a los objetos de un interés más inmediato para nosotros, en una palabra la filosofía política, la filosofía de nuestra industria y riqueza, la filosofía de nuestra literatura, de nuestra religión y nuestra historia.⁹

Y más adelante:

La filosofía de una nación proporciona la serie de soluciones que han dado a los problemas que interesan a sus destinos generales.¹⁰

Sin duda el gran motor que lo impulsa es la situación histórica, el estado presente de su pueblo. Son la anarquía, la tiranía, la dependencia, la desorganización

⁸ ALBERDI, J. B.: “*Ideas...*”, pág. 610.

⁹ *Ibíd.*, pág. 612.

¹⁰ *Ibíd.*, pág. 612.

política, económica, social que intentó combatir toda su vida. Su arma en tal combate, sobre todo en este período de su vida, fue la filosofía. En consecuencia, ella fue interpretada como una actividad que debía ser ejercida permanentemente como condición necesaria, pero no suficiente, en que se generaría un segundo momento con el que finalmente se consumaría el fin.¹¹

Para Alberdi filosofar consiste en la libre acción metódica, rigurosa y sistemática de la razón humana que busca dilucidar la naturaleza de todas las cosas y, en especial, la naturaleza y constitución del espíritu humano así como su origen y destino.

La filosofía como ejercicio racional, no se resigna a nada que no descubra como verdad. Tiene el poder de reconocer y rechazar todo lo que implique una negación, falsificación o simulación de la verdad, por eso, combate el error, los prejuicios, no se somete a los dogmas y nos libera del yugo de cualquier otra autoridad que no sea la razón.

Cuanto más se ejercita la razón humana, más se fortifica, más autónoma es, más posibilidades tiene de descubrir la verdad ejerciendo con ella una tarea esencialmente liberadora.

Dice en el “Fragmento...”:

...la filosofía es la negación de toda autoridad que la de la razón, la razón es madre de toda emancipación, de toda libertad, de todo progreso social.¹²

Así, la inteligencia argentina representada en estos hombres, apenas empieza a trabajar y descubre con toda claridad la situación de dependencia, de opresión en que nos encontramos a pesar de la mentada independencia política de España. Permanentemente tomamos por nuestro, por americano, lo que no lo es.

Semejante confusión acontece cuando se carece de una conciencia de la propia identidad. Entonces, desconociendo el color, la forma, el sonido de la propia voz; nos

¹¹ Quizás cuando afirma que: *la Metafísica jamás hechará raíces en América*, está hablando de ella como una actividad teórica, desligada y desinteresada de las circunstancias históricas en la que está situado el sujeto. Una acción así, según su concepción, es inadmisibles en América.

¹² ALBERDI, J. B.: *Fragmento...* pág. 111.

perdemos creyendo encontrarnos en modas, literaturas, en músicas, doctrinas, modelos sistemas que no son nuestros. En semejante confusión, ¿qué progreso social podría operarse?

Es preciso, pues, conquistar una filosofía, para llegar a una nacionalidad. Pero tener una filosofía es tener una razón fuerte y libre; ensanchar la razón nacional es crear la filosofía nacional y, por tanto, la emancipación nacional.¹³

Es imperativo ejercitar y fortalecer la inteligencia argentina. Hay que hacer filosofía. Ella va a permitirnos el autoconocimiento del que carecemos como pueblo. Ella nos posibilitará descubrirnos tal cual somos y, entonces, distinguiendo lo propio de lo ajeno liberarnos de las cadenas que aún nos oprimen.

Es, pues, menester desenvolver la razón y desenvolver en todos los sentidos, para completar el cuadro de nuestras libertades. Tener libertad política, y no tener libertad artística, filosófica, industrial, es tener libres los brazos y la cabeza encadenada.¹⁴

Esta función emancipadora de la filosofía ya ha empezado a operar. Así como el primer acto de conocimiento no es otro que el descubrimiento de la propia ignorancia, del mismo modo, el primer acto de independencia consiste, fundamentalmente en el reconocimiento del propio estado de dependencia. Este primer momento exige un segundo, en el que liberado de lo extraño y ajeno, nos embarquemos en la conquista de lo auténticamente propio, en el descubrimiento de nuestra identidad nacional.

Lo que es claro: nos falta conquistar una conciencia de nuestra propia identidad nacional. Necesitamos poder reconocernos tal como somos. Asumir la realidad original, individual, irrepetible de nuestro pueblo. Sólo sabiendo quiénes y cómo somos, lo que tenemos y lo que nos falta, sabremos cuál es nuestro destino y cuál es el papel que nos toca desempeñar en el drama de la historia universal. Alberdi entiende que es la filosofía la que nos posibilitará esta conquista.

¹³ *Ibíd.*, pág. 111.

¹⁴ *Ibíd.*, pág. 113.

La filosofía, pues, que es el libre uso de una razón formada, es el principio de toda nacionalidad, como de toda individualidad. Una nación no es una nación, sino por la conciencia profunda y reflexiva de los elementos que la constituyen. Recién entonces es civilizada;...¹⁵

Alberdi interpreta que, por no haber respetado esta exigencia de todo pueblo, la de ser él mismo, contamos tantos fracasos en nuestra breve historia.

Es por no haber seguido estas vías que nuestra patria ha perdido más sangre en sus ensayos constitucionales que en toda la lucha de su emancipación.¹⁶

Al paso que nuestra historia constitucional no es más que una continua serie de imitaciones forzadas y, nuestras instituciones, una eterna y violenta amalgamas de cosas heterogéneas.¹⁷

Y, por lo tanto, agrega:

... es, pues, ya tiempo, de comenzar la conquista de una conciencia nacional, por la aplicación de una razón naciente, a todas las fases de nuestra vida nacional.

(...) porque no hay verdadera emancipación mientras se está bajo el dominio del ejemplo de lo extraño, bajo la autoridad de las formas exóticas.¹⁸

El ejercicio filosófico es un momento preliminar, necesario, fundamental. Tiene a su cargo la función rectora e informadora del quehacer político, directamente encargado de dirigir los destinos de una nación.

En este concepto, los gobiernos, que velan por los adelantos de los pueblos, no deben ser jamás indiferentes a la ciencia que, señalando sus destinos a los hombres

¹⁵ *Ibíd.*, pág. 111

¹⁶ *Ibíd.*, pág. 112.

¹⁷ *Ibíd.*, pág., 112.

¹⁸ *Ibíd.*, pág. 111

y a los pueblos, e impeliéndolos con el poder de su autoridad irresistible, constituye la porción más considerable del poder público.¹⁹

Lo que una nación sea, su marcha, su desarrollo, su progreso, estará posibilitado tanto por el sistema que informe y rija su vida, como por la sapiencia del político que la presida, es decir, por su lucidez y honestidad para reconocer su menesterosidad respecto de la filosofía, para recurrir a ella y para dejarse conducir por ella.

Hay que constituir una nación. Hacerlo es imposible prescindiendo de la filosofía. *La filosofía, digámoslo así, constituye un quinto poder constitucional.*

¿Cómo saber qué instituciones darnos, qué forma de gobierno adoptar por sernos más adecuadas, si desconocemos nuestro particular modo de ser nacional?

Urge llegar a la conciencia de lo que es nuestro; hay que buscar cuáles son nuestras formas originales y americanas. En este sentido, es la filosofía de la historia, teoría explicativa de la vida de un pueblo, la que será llamada en nuestro auxilio.

La Filosofía aparece pues, como principio de toda nacionalidad.

2. Filosofía de la Historia:

¿En qué consiste, concretamente, el aporte de la filosofía como principio de toda nacionalidad? ¿Cuáles son los supuestos detrás de esta afirmación de Alberdi?

En realidad, Alberdi se está manejando con una concepción de la historia que tiene la impronta del historicismo romántico. Veamos cuáles son sus principales puntos:

- **Unidad de la humanidad y progreso indefinido como finalidad de la historia.** Para este pensador argentino la historia en su conjunto está regida por una ley: la ley del progreso indefinido de la humanidad. Bajo su cetro la humanidad entera camina sin cesar a su desarrollo, a su perfección, a la civilización. En el *Discurso...* se expresa así:

¹⁹ ALBERDI, J. B.: “Filosofía”, en: *Escritos Póstumos*, Editor Francisco Cruz, Imprenta J. B. Alberdi, Bs. As., 1900. Tomo XIV, pág. 126.

Si os colocáis por un momento sobre las cimas de la historia veréis al género humano marchando, desde los tiempos más primitivos, con una admirable solidaridad a su desarrollo, a su perfección indefinida. Todo, hasta las catástrofes más espantosas al parecer, vienen a tomar una parte útil en este movimiento progresivo.²⁰

El fin perseguido por todos los pueblos de la tierra es, pues, el progreso, el desarrollo. En este sentido, la verdadera causa de la Revolución de 1810 ha sido este movimiento universal.

Así, señores, nuestra revolución es hija del desarrollo del espíritu humano, y tiene por fin este mismo desarrollo...²¹

Tengamos, pues, el 25 de Mayo de 1810 por el día en que nosotros fuimos envueltos e impelidos por el desenvolvimiento progresivo de la vida de la humanidad, cuya conservación y desarrollo es el fin de nuestra revolución, como la de todas las grandes revoluciones de la tierra.²²

- El cumplimiento de esta ley histórica de la humanidad es fatal y necesario. La historia está siempre marchando hacia él.
- En este marco universal, la historia de **cada pueblo debe contribuir al desenvolvimiento progresivo de la vida de la humanidad.**

Todos los pueblos de la tierra deben llegar a la conciencia de esta verdad, a saber, que cada uno de ellos no es más que un individuo, una parte de un sistema orgánico mayor que es la historia universal.

Uno podría preguntar: si el desenvolvimiento de esta ley universal se cumple necesariamente, si reviste el carácter de la fatalidad, ¿por qué remarcar como deber de cada pueblo el contribuir a él?

- **Principio de individualidad de los pueblos: cada pueblo es visto como una pieza originalísima,** irrepetible y parte constitutiva de la realidad general de la historia

²⁰ ALBERDI, J. B.: “Doble armonía...”, pág. 261.

²¹ *Ibíd.*, pág. 262.

²² *Ibíd.*, pág. 262.

universal. Por lo tanto, no se puede pensar en el programa universal prescindiendo de las historias particulares de los pueblos. Un pueblo sumido en el atraso no contribuye al progreso universal. Si bien no tiene el poder de detenerlo o impedirlo, lo retrasa.

Así, la realidad 'humanidad' aparece determinada por la totalidad de los pueblos que la forman. Y el progreso universal dependerá del progreso logrado por cada pueblo. Cuando Alberdi utiliza las categorías de 'humanidad' o 'historia universal' está haciendo referencia a una unidad orgánica, sistémica. De allí que la primera exigencia de una nación sea contribuir al desenvolvimiento progresivo de la vida de la humanidad. Además, una unidad orgánica, un sistema orgánico, implica que cada una de sus partes contribuye a la conservación y desarrollo del todo con una función especial, dentro de ella, esto es, el desarrollo de una civilización propia como cumplimiento del mandato que pesa sobre cada pueblo: *ser él mismo*.

El fin de la vida de un pueblo no puede, pues, ser interpretado ni con independencia, ni como algo distinto del fin de la historia universal. Cada pueblo no debe perder de vista su pertenencia y ubicación en el marco total de la historia. Que él es un individuo, parte constitutiva de la realidad "humanidad", debe formar parte de la conciencia de sí que tenga el pueblo, pues de ello emana para él una exigencia universal de racionalidad y progreso solidario.

Así, un pueblo encontrará como uno de los elementos determinantes de su identidad la 'situación universal', el orden absoluto que nos exige *caminar al fin común de la humanidad*. Sólo a la luz de esta exigencia debe ser interpretado el principio de individualidad de los pueblos, que viene a constituirse en el otro elemento determinante, configurador de la identidad nacional. Siempre el gran fondo sobre el que, y gracias al cual, se nos hace perceptible esta singularidad de los pueblos es el marco universal de la historia. De manera que la imagen empleada por Bernardo Canal Feijoo parece muy apropiada:

...una comunidad, al mismo tiempo que afirma su singularidad o identidad, se enuncia dentro de una figura mayor que le da sentido como en el gran rompecabe-

zas, en que cada fragmento tiene el valor de ser indispensable en la construcción del todo y de desprenderse de un todo logrando su significación última.²³

¿De dónde toma cada pueblo su originalidad? De su edad y de su suelo, esto es, de las condiciones de tiempo y espacio en que discurre su vida y en virtud de las cuales va labrándose un modo de ser propio, irrepetible, tales como sus condiciones espaciales-temporales. El autor lo expresa de la siguiente manera:

El desarrollo, señores, es el fin, la ley de toda la humanidad; pero esta ley tiene también sus leyes. Todo los pueblos se desarrollan necesariamente, pero cada uno se desarrolla a su modo; porque el desenvolvimiento se opera según ciertas leyes constantes, en una íntima subordinación a las condiciones del tiempo y del espacio. Y como estas condiciones no se reproducen jamás de manera idéntica se sigue que no hay dos pueblos que se desenvuelvan de un mismo modo. Este modo individual de progreso constituye la civilización de cada pueblo.²⁴

Tiempo y espacio son las condiciones necesarias de todo pueblo. De ellas no podemos escapar. No hay pueblo alguno que pueda desarrollarse, progresar fuera de su edad y de su suelo; más bien está llamado a realizarse en ellos y por ellos. En este sentido afirma:

Cada pueblo, pues, tiene y debe tener su civilización propia, que ha de tomarla en la combinación de la ley universal del desenvolvimiento humano, con sus condiciones individuales de tiempo y espacio.

(...) no hay desenvolvimiento sino dentro de las condiciones de tiempo y de espacio.²⁵

En el mismo texto las considera *leyes divinas del tiempo y del espacio*. Por eso insiste:

²³ CANAL FEIJOO, Bernardo: *Alberdi y la proyección sistemática del espíritu de Mayo*, Editorial Losada S. A., Bs. As., 1961, pág. 43.

²⁴ ALBERDI, J. B.: “Doble Armonía...”, pág. 262.

²⁵ *Ibíd.*, pág. 262.

Cada pueblo debe ser de su edad y de su suelo. Cada pueblo debe ser él mismo.

De esta manera, la historia parece ser el resultado de la articulación dinámica existente entre unidad y diversidad, entre lo variable y lo invariable, entre lo universal y lo individual.

En una visión de conjunto la humanidad, en su totalidad, marcha indefectiblemente hacia su perfección, tal como lo determina la racionalidad universal que rige la historia. Esto es así en todas partes y siempre. En cambio, si nos fijamos ya no en el conjunto, sino en las partes que lo constituyen, esto es, en los pueblos, no vamos a encontrar dos que sean iguales. Es más bien la diversidad la que se abre paso, dibujando tantas y originales formas como lo permiten las coordenadas espacio-temporales.

En el primer caso captamos la unidad de la marcha universal de la humanidad hacia su perfección. Descubrimos en ello, la unidad del movimiento y la invariabilidad de la dirección de la marcha. Pero, una segunda mirada a la misma realidad nos mostrará las múltiples individualidades que conforman esta unidad. Entonces veremos a los pueblos de la tierra marchando en una misma dirección, pero cada uno a su modo, con un paso y un ritmo que responde a su edad y a su suelo. Descubrimos en este caso, la multiplicidad de formas y modos en que se plasma en lo particular de cada caso el elemento universal. En el “*Fragmento...*” dice así:

La naturaleza no se plagia jamás, y no hay dos cosas idénticas bajo el sol. Es universal y eterna en sus principios, individual y efímeras en sus formas o manifestaciones. Por todas partes, siempre la misma, y siempre diferente; siempre variable y siempre constante. Es, pues, necesario distinguir lo que hay en ella de esencialmente variable y lo que hay de esencialmente invariable. Cuando se ha conseguido distinguir con claridad estas cosas, el desarrollo social viene a ser obvio; porque ya no se toman las formas por los principios, ni los principios por las formas. Se comprende que los principios son humanos y varían; que las formas son nacionales y varían.

Se buscan y abrazan los principios, y se les hace tomar la forma más adecuada, más individual, más propia. Entonces se cesa de plagiar...²⁶

²⁶ ALBERDI, J. B.: *Fragmento...*, pág. 110.

Así, cada pueblo tiene que hacerse a sí mismo. Es él mismo protagonista y constructor de su propia historia, autor de su desarrollo o de su fracaso. Mas al mismo tiempo, es el pueblo protagonista y constructor de la historia universal en la cual está incluido, ya trabajando y contribuyendo a acelerar su marcha, ya retrasándola con su atraso.

Cuanta más conciencia tenga el pueblo de su identidad, cuanto más auténtico sea, más contribuye al progreso de la humanidad. El conocimiento de estas leyes que rigen la estructura del movimiento histórico será el aporte fundamental, según lo entiende Alberdi, que la filosofía de la historia está llamada a prestar. Gracias a ella hoy nos damos cuenta que:

El mal de nuestro pueblo consiste, precisamente, en no haber respetado las divinas leyes del tiempo y del espacio. Sus elementos mal conocidos hasta hoy no tienen forma propia y adecuada²⁷.

Al caer bajo la ley del desenvolvimiento progresivo del espíritu humano, nosotros no hemos subordinado nuestro movimiento a las condiciones propias de nuestra edad y nuestro suelo; no hemos procurado la civilización especial que debía salir como resultado normal de nuestro modo de ser nacionales y es a esta falta que es menester referir toda la esterilidad de nuestros experimentos constitucionales²⁸.

Paradigmático ejemplo de esto es la constitución de 1826. A criterio de los jóvenes de la generación del 37, el partido unitario representado y dirigido por Rivadavia había procedido hasta ahora con total ignorancia de este principio, esencial novedad (así lo veían) del historicismo romántico. De modo que, sin ninguna consideración por la individualidad única e irrepetible de nuestro pueblo, pretendieron que la solución estaba en *volcar la Europa en América*²⁹. La causa de tantos fracasos estaría en esta miopía del iluminismo rivadaviano que le impidió ver tanto esta arti-

²⁷ *Ibíd.*, pág. 112.

²⁸ *Ibíd.*, pág. 113.

²⁹ Cf. PIOSSEK DE ZUCCHI, Lucía, “Alberdi filósofo”, en: Piossek de Zucchi, L.(edit.) *Alberdi*. Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Historia y Pensamiento Argentino (IHPA), Tucumán, 1988, pp. 87-106 (esp. 100ss.) .

culación dialéctica y dinámica entre lo universal y lo individual, como la racionalidad inmanente de la historia que nos hace marchar necesaria e incesantemente al progreso. Por el contrario, pensaron la razón humana como algo trascendente a la historia y a ésta como un proceso que requiere encaminarse al progreso por la acción beligerante de la razón humana. Se trata, en este caso, de imponer la razón a la realidad, de imprimirle sentido. Al respecto nos señala Coriolano Alberini:

Infiérese, por tanto, que el ‘iluminismo’ considera que la historia debe ser hija de la razón humana, suprema creadora de ideales. (...) La historia es lo que el hombre quiere que sea. Punto de vista semejante debía terminar con dos políticas: despotismo ilustrado o revolución.³⁰

Es así cómo llegaron los hombres de Rivadavia a sancionar aquella constitución de 1826, constitución a priori, elaborada sin ninguna consideración de las condiciones y necesidades reales y propias del país y que mereció, en consecuencia, el rechazo unánime, del interior (la única provincia que no participa es la Banda Oriental del Uruguay, en lucha con los portugueses).

Tenemos pues, estas dos generaciones de criollos liberales, los unos afirmados en su iluminismo; los otros, en su historicismo romántico. Coincidían, sin embargo, en cuanto al fin de la empresa. Se trataba de lograr la constitución de una nación moderna, occidental, encaminada, junto a las grandes potencias de Europa, al progreso, esto es, a la civilización. Las fuertes discrepancias surgían en torno a los medios. Para Alberdi y los suyos no hay dudas: esto sólo se logrará si se toma conciencia de nuestra individualidad nacional y se respetan las exigencias que de ella emanan. No es eso, precisamente, lo que sus mayores han hecho. Por eso señala Alberdi:

³⁰ ALBERINI, Coriolano: *Problema de las ideas filosóficas en la Argentina*, Instituto de Estudios Sociales y Pensamiento Argentino, Facultad de Humanidades y Cs. de la Educación, Univ. Nac. de La Plata, 1966.

Al paso que nuestra historia constitucional no es más que una continua serie de imitaciones forzadas y, nuestras instituciones, una eterna y violenta amalgama de cosas heterogéneas³¹.

En consecuencia:

...es, pues, ya tiempo de comenzar la conquista de una conciencia nacional...³²

¿Filosofía Americana?

Llegar a construir una nación es para Alberdi, continuar la vida principiada en Mayo. Según nuestro pensador, comenzamos nuestro desarrollo en Mayo de 1810. Entonces fuimos envueltos en un movimiento nuevo y fecundo.

El tiempo anterior a 1810, es interpretado como el período largo, demasiado largo, en que el oscurantismo medieval nos había mantenido estacionados bajo la tutela de España. Nuestra revolución, en cambio, es hija de las ideas del siglo XVIII. Ellas anunciaban lo que exigía el espíritu del nuevo Siglo, esto es, el final, la disolución del orden imperante en aquel pasado, ruptura necesaria para cumplir con el designio universal de la historia: el progreso.

Hijos de una revolución, hija también del espíritu revolucionario del siglo XVIII (...); sujeta a las necesidades de una época furiosamente revolucionaria, está llena de ideas y principios que pueden servir para abolir y destruir lo que otras épocas habían establecido...³³

Así, el 25 de Mayo de 1810 parece ser el punto fundacional de nuestra existencia como pueblo. Nada valioso, nada importante nos liga con el pasado. En los escritos de este período, las pocas referencias que encontramos a aquel tiempo de *sociedades que no existen ya en América*, son hechas casi con vergüenza, para hablarnos

³¹ Ibid, pág. 112.

³² Ibid, pág. 111.

³³ ALBERDI, J.B.: "Exámenes públicos" en: *Escritos póstumos*, Edit. Francisco Cruz, Imprenta J.B. Alberdi, Bs.As. 1900, Tomo XIII, pág. 116.

de: *errores del feudalismo, del dominio del instinto y la costumbre, de obscuridad, de cadenas opresoras, de ignorancia de las masas, de ausencia de filosofía*, en fin, de *las numerosas anomalías de nuestra sociedad* que hay que combatir. De manera que, aquella afirmación de Alberdi, según la cual *no sabemos de dónde venimos ni adónde vamos*, tendría su respuesta si decimos que venimos de Mayo de 1810, que es decir de las ideas que en el siglo XVIII ha dado a luz la Europa moderna, aquella adelantada en la cruzada del progreso universal al que tiende la historia.

En consecuencia, la historia nacional es ‘historia a constituir’.

... nosotros no tenemos historia, somos de ayer, nuestra sociedad recién es un embrión, un bosquejo,...³⁴

Entendemos pues, que el peso definitivo del designio universal de la historia y esta radical ruptura con el pasado son las dos claves de la hermenéutica alberdiana que lo llevan a afirmar de manera categórica *la ausencia de filosofía en América* y la necesidad y posibilidad de una *filosofía americana*.

El ejercicio filosófico, mientras libera de lo extraño e inoportuno, va despertando la conciencia nacional, que es decir la conciencia de lo propio; sienta así dos condiciones de posibilidad sin las cuales todo progreso social es imposible. A criterio de Alberdi, las naciones necesitan de la filosofía para saber quiénes son, cuál es su rol en el gran drama de la historia universal y como deben desempeñarlo.

Además, como nuestra historia es puro porvenir, la tarea filosófica es entendida como tarea interpretadora revestida de poderes generadores, creadores, configuradores, pues, interpretando la realidad la va constituyendo.

La filosofía es la instancia mediadora entre lo universal y lo singular.

Cuando sostiene esto no está pensando sólo en nuestro país. Sus afirmaciones se extienden, en general, a todas las naciones de América del Sud. Fiel a su afán de universalidad, sus consideraciones no quedan encerradas en un nacionalismo individualista. Más bien ellas comprenden y preservan la posibilidad de graduales trascen-

³⁴ ALBERDI, J.B.: *Fragmentos...*, pág. 139.

dencias a realidades mayores. Así pasa de la realidad nacional a lo que él llama ‘realidad americana’, lo que en categorías actuales llamaríamos ‘realidad latinoamericana’. Entonces, la pluralidad de naciones que pueblan la América del Sud pasan a ser consideradas en un gran bloque regional. Reconoce en ellas una cantidad de semejanzas que las unen y que son producto de una situación geográfica e histórica en común.

- Nos ha sido común la conquista, la existencia colonial y con ello nuestra dependencia política, económica, y social de España.

... los estados de Sud América, cuya constitución normal tiene con la nuestra una fuerte semejanza que deben a la antigua política colonial que obedecieron juntos³⁵.

- Compartimos, además, las influencias y los efectos de las ideas europeas del siglo XVIII, que llegando hasta nosotros nos ha permitido terminar con el orden colonial antiguo.

Así toda esta juventud de repúblicas que pueblan la América de extremo a extremo, es tan hija legítima de las ideas del siglo XVIII como lo es de la Revolución Francesa y todos los bellos síntomas progresivos que hoy agitan al mundo.³⁶

- Destruído el orden anterior, nacieron todas a una nueva vida. Somos, en general, naciones nuevas e inexpertas, impelidas por el movimiento fatal y necesario de la historia, que hasta ahora hemos padecido sin conciencia.
- Tenemos libertad política, pero carecemos de una conciencia profunda y reflexiva de la propia identidad.
- Necesitamos la independencia que viene de la acción del pensamiento, necesitamos la libertad que es producto de la inteligencia.

Así pues, concluye: *es necesario que exista una filosofía americana*. Y en el “Fragmento...” definía la misión de su generación en estos términos:

³⁵ Ibid, pág. 127.

³⁶ Ibid, pág. 123.

...a nosotros nos toca la conquista de una forma de civilización propia: la conquista del genio americano.³⁷

Podemos decir que la afirmación de la necesidad de una filosofía para América es el resultado de la lectura de la realidad local, tal como la ve nuestro autor. Para él hablar de Sud América es hablar de *pueblos que no tienen historia, de pueblos que son de ayer*. La condición de la historia de Sud América es puramente prospectiva y con ese convencimiento afirmaba la ausencia de filosofía en América y hasta llega a referir a esta ausencia el estado de dependencia y extravío de estas nacientes naciones.

En esta empresa es la inteligencia argentina la que va abriendo camino.

Una era nueva se abre, pues, para los pueblos de Sud América, modelada sobre la hemos empezado nosotros, cuyo doble carácter es: la abdicación de lo exótico por lo nacional; del plagio por la espontaneidad; de lo extemporáneo por lo oportuno; del entusiasmo por la reflexión; y después, el triunfo de la mayoría sobre la minoría popular.³⁸

Nuestra filosofía por sus tendencias aspira a colocarse a la par de los pueblos de Sud América.³⁹

Pues bien, se trata de crear una filosofía que nos posibilite la conquista del genio americano. ¿Cómo pensaba Alberdi esta filosofía para América?, ¿cuáles son los criterios que lo guían en su confección, para que ella sea realmente propia y efectiva?

Siguiendo los escritos de este período, sobre todo el “Fragmento...” y las “Ideas...” uno puede descubrir esos criterios. Según ellos una filosofía americana debe:

1. nacer de las realidades sociales de la realidad para la cual ha sido pensada, ya que ella debe dar respuestas, acercar soluciones a los problemas que aquejan a una comunidad en un momento dado.

³⁷ Ibid, pág. 113.

³⁸ ALBERDI, J. B.: “Fragmento...”, pág. 127.

³⁹ ALBERDI, J.B.: “Ideas...”, pág. 618.

2. ser contemporánea, es decir, hija del siglo XIX. Por lo tanto, deberá ser antirrevolucionaria, sintética, llamada a construir, a organizar, a constituir.⁴⁰
3. ser breve, un momento preliminar necesario, propedeúico, cuya culminación sea la acción política, la acción positiva, que entonces, será entendida como aplicación de lo que previamente se forjó y decidió teóricamente. Esta filosofía debe exigir y empujar a la acción.
4. por la condición prospectiva de nuestra historia nos encontramos con que carecemos de una clara conciencia de identidad nacional. Por lo tanto, la filosofía que hemos de forjar, debe impedir que la comunidad nacional quede librada al lento y largo proceso evolutivo por el que es de esperarse que llegue, por sí sola, a la conciencia profunda de sí.
5. deberá develarnos la teoría de la vida de nuestro pueblo, la fórmula de su desarrollo, el camino para alcanzar la civilización propia. Para ello deberá informarnos sobre los dos elementos constitutivos de toda civilización: el elemento humano, filosófico, absoluto y el elemento nacional, local, relativo. Por lo primero, deberá ella misma ser una indagación sobre los elementos filosóficos universales de la civilización humana. Por lo segundo, deberá estudiar la forma que estos elementos universales deberán recibir bajo las influencias particulares de nuestra edad y nuestro suelo.
6. deberá tener una doble dirección: extranjera y nacional. (Esto había sido anunciado antes en el “Discurso...” del año 1837)

Somos una comunidad nacional muy joven, sin experiencia filosófica, sin conciencia de la propia identidad. En este sentido, mal que nos pese, América depende de Europa, sabia en materia filosófica y política. A criterio de Alberdi, si Europa ha logrado desarrollar una civilización propia que es tenida por la más moderna y adelantada, es debido a la gran vida filosófica que ha sabido cultivar desde hace muchísimos siglos. Para él la expansión de las ideas filosóficas europeas tienen, por sí mismas, un efecto civilizador.

⁴⁰ Cf. FEINMANN, J. P.: *Filosofía y Nación*, Edic. Ariel, Bs. As., 1996, pág. 148.

Nosotros mismos hemos entrado, imperfectamente aún, pero al fin hemos entrado, a formar parte de la marcha general del espíritu humano, gracias a las ideas europeas del siglo XVIII. Esas ideas tuvieron el poder de terminar con nuestra existencia colonial, revolución y espada mediante, y nos hicieron nacer a una vida nueva: la vida republicana.

Nuestras instituciones democráticas no son sino una parte de la historia de las ideas francesas. El pensamiento francés envuelve y penetra toda nuestra vida republicana⁴¹.

Notemos, pues, que esta afirmación no es precisamente una queja, sino un acto de gratitud ante la intervención europea en nuestra realidad. Constituye a la vez una permanente exhortación porque he aquí que *las inteligencias tiernas de la América del Sud* necesitan aún ser *iniciadas en los problemas de la filosofía*. Entre todos los pueblos europeos, la elegida para guiarnos será, por supuesto, Francia, considerada la más adecuada para presidir nuestra educación filosófica.

En consecuencia, el primer paso para la creación de una filosofía americana será una revista rápida de los sistemas filosóficos europeos más importantes, tal como se dieron en Francia; sólo entonces estaremos en *estado de determinar los grandes rasgos que deben caracterizar a la filosofía más adecuada a la América del Sud*, es decir, dar el segundo paso.

Pero entonces, la base sustentadora de la inteligencia que escruta así las necesidades de la realidad Americana son las ideas francesas y europeas. La filosofía europea constituye el fundamento que sostiene el esfuerzo hermenéutico, al mismo tiempo que delimita la amplitud de su perspectiva.

El pueblo será el grande ente, cuyas impresiones, cuyas leyes de vida y movimiento, de pensamiento y progreso trataremos de estudiar y de determinar de acuerdo con las opiniones más recibidas entre los pensadores más liberales de nuestro siglo, y con las necesidades más urgentes del progreso de estos países⁴².

⁴¹ ALBERDI, J.B.: "Fragmento...", pág. 131.

⁴² ALBERDI, J.B.: "Ideas...", pág. 616.

Las exigencias del siglo, prioritarias para Alberdi, se expresan por boca europea; a nosotros nos la transmiten los franceses. Es que *América practica lo que piensa la Europa*. Entonces, lo que vamos a aprender, a descubrir de la realidad local, es lo que a priori fuimos inducidos a encontrar por el designio omnímodo de la razón histórica, tal cual se ha manifestado al presente en lo que llamamos ‘el espíritu del siglo’. Europa lo ha interpretado primero y lo transmite al mundo.

Algunos puntos problemáticos

...estamos encargados de la conquista de las vías de una civilización propia y nacional⁴³.

Sin duda alguna encontramos presente en la obra juvenil de Alberdi, el pensador más importante de la generación del 37, una cuestión definitivamente decisiva y problemática: la cuestión de la identidad nacional (que se tematizara posteriormente con la categoría de ‘ser nacional’). En efecto, en los escritos de este período, se señala insistentemente la presencia de una conciencia nacional alienada, extraviada, que no sabe distinguir lo propio de lo impropio, y que, obnubilada con la vida y progresos extranjeros, no cesa en sus intentos de plagiar a las grandes potencias. Precisamente esta es la acusación que Alberdi formula a los unitarios quienes, dirigidos por Rivadavia, habían procedido desde 1810, con irreverente descuido de la originalidad de nuestra identidad. De allí que la gestión de estos hombres sea descripta como *una serie de imitaciones forzadas* y también como *una eterna y violenta amalgama de cosas heterogéneas*.

- Frente a esto nuestro autor sostiene que la creación y desarrollo de *una civilización propia* sólo será posible como realización y desarrollo de la identidad nacional. En otras palabras, la identidad nacional será la resultante del carácter local, que asuma la vida de una determinada comunidad humana, tal cual emerge de su situación

⁴³ ALBERDI, J. B.: “Doble Armonía...” en: *Obras Completas*, Editorial La Tribuna Nacional, Bs. As., 1886, Tomo I, pág. 265.

espacio temporal y de la manifestación que, a través de ella y en ella, haga el espíritu universal. Entonces, el ser nacional de un pueblo, su individualidad, su carácter local viene a constituir una fase necesaria en el despliegue progresivo del espíritu absoluto en la historia de la humanidad.

En este sentido, me ha parecido notar que la mirada y la exigencia fundamental están fuera de lo nacional, en el designio universal. Lo local se presenta como el medio de la realización de un fin superior. Cuanto más sirva a ese fin, más perfecto será. Por lo tanto, lo nacional debe ser asumido como naturalmente subordinado al orden universal y absoluto que rige la historia. Si las diferencias entre los pueblos son importantes, si deben ser conocidas y respetadas, es *porque no hay desenvolvimiento sino dentro de las condiciones de tiempo y espacio*. Pero son siempre relativas. En cambio, lo común, lo que hay de estable y semejante, lo que hay de universal por debajo de las diferencias parece terminar imponiéndose en la concepción alberdiana. Así se expresa:

Porque hay, en nuestros destinos con los de Europa, más solidaridad que la que pensamos. Nada es parcial hoy, nada es aislado en el sistema general de los negocios humanos. La unidad del género humano es cada día más sensible, cada día más íntima. (...) Todo el continente occidental, la Francia, la Rusia, la Inglaterra, la España, la Italia, el Oriente, todo se conmueve y regenera bajo la influencia de las ideas de un solo pueblo⁴⁴.

Finalmente, la preeminencia queda puesta en lo universal abstracto más que en lo particular concreto. Lo que antes era fondo pasa, así, a ser la figura definitiva. En este sentido coincido con la interpretación de Bernardo Canal Feijoo:

... es la noción, instituida en punto de partida primera, de un orden universal y absoluto que no sólo se representa como la máxima instancia a que pueda remontarse la conciencia individual, sino como una condición forzosa e indeclinable a la que debe subordinarse todo designio humano individual o social. No conformado al

⁴⁴ ALBERDI, J. B.: “Fragmento...”, pág. 123.

orden universal, ningún orden particular podrá reputarse dispuesto de modo verdadero y eficaz para el cumplimiento de las leyes del destino humano⁴⁵.

Ahora bien, el ‘orden universal’ y ‘las leyes del destino humano’ son dispuestos y pensados por la racionalidad europea. En consecuencia, se trata de construir un orden particular, local, que refleje ese ‘orden universal’, es decir, europeo, y contribuya eficazmente al cumplimiento de sus designios expansivos. La expansión de las grandes potencias europeas eran presentadas, así, como el desarrollo y la expansión de la civilización humana.

El principio de individualidad de los pueblos que postula el historicismo alemán, le pareció una clave novedosa e importante de la cual emergía la obligación para cada pueblo de *ser él mismo*. Pero el sistema filosófico que nos alertaba de nuestro extravío y dependencia y nos prometía las claves de su superación era el mismo que nos llevaba por caminos imposibles de lograrlo.

- La hispanofobia tan fuertemente presente en los hombres del 37 no les permite ver en el pasado colonial más que cadenas que nos mantenían anclados al oscurantismo medieval. No pueden ver más de lo que la modernidad permite leer. En consecuencia, Alberdi asume que *nosotros no tenemos historia, somos de ayer...* Pues bien, esta radical ruptura con el pasado por la que opta nuestro autor, nos parece cada vez más, una actitud negadora de la propia realidad. Como quien subestimando el punto de partida, lo recibido, decidiera rechazar lo recibido en herencia, negarlo por completo sin precaverse de la situación de extrema vulnerabilidad en que eso coloca a un pueblo. Romper con el pasado no significa anular la necesidad y el derecho de un pueblo a tener una tradición, un origen, una referencia tutelar a sus antepasados. Entonces, tendrá que buscar en Europa el respaldo y la firmeza que sacrificara al romper con el pasado propio y los pueblos de Sud América van a quedar situados en una nueva relación de dependencia. Así, pues, Mayo de 1810 será tomado como el punto fundacional de nuestra existencia argentina. A partir de allí todo es nuevo, todo

⁴⁵ CANAL FEJOO, Bernardo: *Alberdi y ...*, pág. 48.

está por hacerse, somos puro ‘por-venir’. Más atrás de Mayo, el siglo XVIII europeo, Europa y la fertilidad de sus ideas.

En este sentido, la filosofía es entendida como tarea esclarecedora que crea y despierta conciencia y otorga sentido al país. Coincidimos con él, la filosofía tiene ese poder. Pero hay que decir también, que no parece que su punto de partida sea la ‘realidad dada’. En todo caso el punto de partida es lo que no somos, lo que nos falta, lo que no tenemos, que considerado exclusivamente hace aparecer el ejercicio filosófico como tarea eminentemente prescriptiva, constructora y hasta creadora de la realidad. Al no reconocer lo que hay, lo que existe, lo que ya está en la realidad nacional otorgándole identidad, las ideas filosóficas vienen a tener que crearlo todo (salvo las condiciones de espacio y tiempo). Así, lejos de tratarse de un despertar de nuestra conciencia, de rastrear la identidad que durante siglos se viene forjando y permanece viva y se expresa en las tradiciones populares, en la costumbre y religiosidad del pueblo, habla de la necesidad de conquistar el ‘genio americano’. No se trata del esfuerzo de una inteligencia que se dispone a aprender la realidad que ya es y expresarla. Más bien se trata del esfuerzo titánico por conjurar la realidad para adecuarla a las ideas. Por eso la identidad nacional, el *genio americano*, la organización nacional son construcciones futuras. Se trata del poder de las ideas para constituir creativamente la realidad.

- Nos encontramos ante una perspectiva histórica según la cual pensar el ser nacional, buscar la verdad sobre nuestra identidad nacional, no puede ser entendida como el ‘develamiento del ser nacional’. No es el caso de un esfuerzo intelectual que busca descubrir el rostro de la realidad nacional que existe y que, oculta bajo el ropaje de lo impropio o de lo extraño, espera ser rescatada por la conciencia del hombre, para ser luego expresada y desarrollada a través de medidas y acciones concretas.

Tampoco se trata de un esfuerzo intelectual en el que el pensamiento calla y se dispone a que la realidad le diga a su inteligencia lo que ella es. No se trata del respetuoso esfuerzo del pensamiento que busca adecuarse a las cosas sino, más bien, de una realidad que necesita ser informada por las ideas y por las medidas de gobierno que emanen de ellas.

Estamos en presencia de una declarada búsqueda de la verdad, pero la verdad buscada no es concebida como la *aletheia* griega ni según el modelo de la *adaequatio*. Por el contrario, del develamiento del ser se pasa a la ‘constitución del ser’. De la adecuación de la inteligencia argentina a la realidad nacional, se pasa a la adecuación de la realidad nacional a las ideas ¿argentinas?

- En consecuencia, la historia nacional parece empresa de intelectuales. La política como espacio privilegiado desde dónde construir una civilización propia parece cosa de ilustrados, no de la plebe.

El papel de esta intelectualidad argentina deberá comenzar, en primer lugar, por indagar los fundamentos filosóficos universales de toda civilización humana, para lo cual necesita de la filosofía europea y entonces, en un segundo momento, indagar las formas que esos elementos universales deberán asumir en nuestra situación americana. Es importante decir aquí que el orden de estos pasos es inalterable. Pero entonces esta interpretación de la historia en la que se sitúa Alberdi, arroja la dramática paradoja de no poder pensar lo nacional desde lo nacional mismo. Si bien el pensador tucumano tiene una clara conciencia de nuestro estado de dependencia y en sus escritos hay una fuerte exigencia de autonomía, también hay que decir que del mismo sistema emana una imposibilidad de autonomía real. Su interpretación de lo nacional, de lo más propio y distintivo de nuestro pueblo surge a partir de lo que insistentemente le ha sugerido Europa, a través de sus emisarios franceses:

...que por tanto, un sistema propio nos era indispensable. Esta exigencia nos había sido ya advertida por eminentes publicistas extranjeros⁴⁶.

Alberdi quiere realmente llegar a una conciencia profunda de lo propio, pero el marco teórico que sostiene lo lleva a confundir la conciencia de sí con la conciencia del otro.

La afirmación de este universal impulso civilizador de la historia es enunciado desde una racionalidad occidental, moderna y definitivamente europea. Europa anun-

⁴⁶ ALBERDI, J. B.: “Fragmento...”, pág.117.

cia que la humanidad en su conjunto marcha, necesaria y fatalmente, a grados de civilización cada vez mayores, esto es, al progreso. Y lo hace impulsado por el espíritu universal que rige la historia y que ha llegado en Europa a la realización más elevada de sí. Se trata, en realidad, de una filosofía que prepara, justifica y efectiviza un movimiento eurocéntrico en expansión. Juan Pablo Feinmann lo expresa así: *el historicismo implica así, una teleología de la historia, y ese telos es Europa. Razón, historia, progreso y Europa son términos equivalentes.*⁴⁷

⁴⁷ FEINMANN, J. P.: *Filosofía y Nación*, Edic. Ariel, Bs. As., 1996, pág. 107.